



Capítulo I.

Chapter I

Tejiendo algunas ideas sobre la definición de Historia

Weaving some ideas about the definition of History

Jhon Fredy Caicedo-Álvarez*



<https://orcid.org/0000-0002-1116-7661>

Un caso muy conmovedor de una mujer que le matan un hermano, se lo desaparecen los paramilitares [...] Finalmente ubica quién lo mató y le pide que le cuente cómo fueron los últimos minutos del hermano. Quiere saber si pidió clemencia. Cuando el tipo le cuenta que se quedó callado, ella descansa. Yo le pregunto por qué descansó con eso. “Porque esa es la dignidad, uno no puede arrodillarse a nadie”, me contesta. “Ya quedé tranquila”.

María Teresa Uribe, septiembre 11 de 2010.

En este texto se comparten algunas ideas que se han estudiado en la obra de Enrique Dussel y en textos de otros autores del campo

* Fundación Universitaria Católica Lumen Gentium
Cali, Colombia

✉ jfcaicedoalvarez@gmail.com

Cita este capítulo

Caicedo-Álvarez, J. F. (2020). Tejiendo algunas ideas sobre la definición de Historia. En: Cuartas Montero, D. L. (Ed. científica). *Sujeto e identidades: miradas en curso desde la historia cultural* (pp. 32-70). Cali, Colombia: Editorial Universidad Santiago de Cali.

de la historiografía. Por ello, se procura dialogar con esos trabajos en tono de escucha atenta a sus definiciones de Historia y a algunas de sus propuestas metodológicas y teóricas. Así, se recurre a Dussel porque se ha leído su trabajo y en éste se ha encontrado una presentación crítica de la filosofía occidental y un esfuerzo por la construcción de un pensamiento no eurocentrado, interesado en matrices distintas a la europea, ubicando a Europa como otra parte de la Tierra, hegemónica en buena parte de los últimos cinco siglos, pero provincial en muchos aspectos, en los que otras matrices de pensamiento han dicho y tienen mucho por decir, muchas veces en clara confrontación con el eurocentrismo.

Son varias las preguntas alrededor de la búsqueda de la comprensión de la realidad: ¿Cómo entender lo incomprensible? ¿Cómo resolver a plazos lo inaplazable? ¿Cómo aprovechar la solidaridad de una Europa destructora de su propio Estado de Bienestar? ¿Cómo servir con la tecnología del Imperio que gana con la guerra y pierde con la paz? ¿Cómo aprovechar el sistema financiero con propensión estructural a la desigualdad y a la concentración? ¿Cómo superar las desigualdades de la sociedad agraria, industrial y postindustrial y el vicio de medio milenio de exportar bienes primarios para tener con que pagar los bienes secundarios resultantes? ¿Cómo echamos al mar a esa clase terrateniente y parasitaria concentradora de la tierra, racista y mojjigata, que va a misa los domingos y esnifa cocaína en el hogar? ¿Cómo desterramos a los teóricos del crecimiento a toda costa? ¿Cómo superamos la dependencia y concretamos las reformas agraria, fiscal, industrial, laboral y de seguridad social? ¿Cómo dejamos de perder las décadas y las generaciones si ya sabemos que el tiempo es vida y la gente lo más importante? ¿Cómo empezamos a trabajar para todos y todas y no para la burocracia estatal, la clase media, la élite gremial y los pocos trabajadores que logran un buen contrato? ¿Cómo nos reconocemos afros, indígenas, mestizos y blancos en tanto sustantivos y verbos que somos contra ese racismo de todo cuño que sigue vilipendiando nuestra cultura? en fin, ¿Cómo cambiamos la historia o al menos la comprendemos?

La lectura de textos sobre el panorama amplio de la historia deja un sinnúmero de invitaciones. Entre los diálogos posibles en las siguientes páginas he preferido centrar el aprendizaje en Marc Bloch (2015), John Lukacs (2011) y Renán Silva (2015), he tomado nota de sus recomendaciones teóricas y metodológicas. De Dussel, como se ha afirmado, llama la atención su ocupación de la categoría de víctima y su planteamiento de que el principio fundante de los derechos humanos está en la condición humana de sentir o conmoverse ante el sufrimiento de otras personas y otros seres, la cual dialoga con estos versos (Caicedo-Álvarez, 2017).

Moverse cuando el miedo nos congela,
gritar con un nudo en la garganta,
calmarse ante el riesgo de morir,
vivir con justicia y sin traicionarse.

Construir humanidad,
respetar a la Tierra,
luchar sin odiar,
perder la esperanza,
tener esperanza,
vivir en medio de tanta ignominia.

Un río asesinado,
un río cementerio,
un país de dos siglos
apenas en pañales.
Difícil.

14-02-2019.

1.1. Breve recuento del camino de la historiografía

Lukacs (2011), señala que, en “la mayor parte de los idiomas, ‘historia’ denota dos cosas: el pasado, pero también la descripción y el estudio del pasado, un determinado tipo de narración” (p. 11). Para efectos de denominación es pertinente la distinción que hace

entre la *historia como actividad intelectual y la historia como vivir en el tiempo y saberlo*. Lukacs expone a pasos de gigante el camino de la actividad intelectual historiográfica: los griegos, los romanos, los evangelistas, los cronistas y en el siglo XVI, “la aparición de la conciencia histórica” (Lukacs, 2011, p. 12).

Hace 300 años, Lukacs (2011) evidenció el interés por el conocimiento de la historia que se expresó en el estudio de los documentos oficiales y en la escritura de los hechos, llegando a concebir la historia en materia de la literatura de mayor interés. Para Lukacs (2011), el curso de grado profesional en historia de la Universidad de Gotinga en Alemania entre 1776 y 1777 implicó concebir la historia como narración, memorización y filosofía, una siembra que hizo para ese contexto, August Ludwug von Schlözer. En el siglo XIX se extiende a Europa, Rusia y Estados Unidos, desde el grado profesional hasta el nivel de doctorado. Lukacs (2015) sintetiza: en el siglo XVIII historia era literatura, en el XIX era ciencia, en el XX ciencia social.

A Alemania, resalta Lukacs (2015), debemos la formalización y el esfuerzo de procurar la objetividad y el método científico, la diferenciación entre fuentes primarias y secundarias, el desarrollo de formas de enseñanza como el seminario y la constitución de un gremio, con aprendiz, maestro y obra maestra. Lo que derivó en obras ejemplares en un momento en que aún se podía seguir la producción al día, se contaba con reconocimiento, incluido el económico, tiempo de ocio y un buen número de archivos abiertos. Pese al peso del positivismo ya entonces se cuestionó la pretensión de establecer leyes.

En 1868, el historiador alemán Johann Druysen lo expresó con gran elocuencia:

“la historia es el conocimiento de la humanidad sobre sí misma, su certeza de sí. “No es la luz y la verdad”, sino la búsqueda de ellas, el sermón que de ellas se desprende, la consagración que se les dedica” (Lukacs, 2011, pp. 18-19).

Estado, política y líderes dominaban el ámbito de la historia profesional hasta el siglo XIX. Para inicios del siglo XX en Alemania, Francia e Inglaterra se transita hacia el interés por “las condiciones geográficas y económicas y materiales de ciertos periodos” (Lukacs, 2011, p. 19), lo que en Estados Unidos puede leerse en la instalación de la expresión ciencia social para referirse a la historia, encarnada por científicos sociales de corte marxista “americano” instalados en Wisconsin, demócratas y progresistas, que consideraban la importancia de pensar la historia en procura de un *mejor* presente. Cuestionando la *moda* de ciertas corrientes como la psichistoria, la cuanto-historia, el multiculturalismo –europeo– comparativo, la historia contrafáctica “la más estúpida de estas modas pasajeras” (Lukacs, 2011, p. 48), porque colocan en duda el carácter de ciencia de la historia.

Estas modas pasajeras, como las llama Lukacs (2011), están afectadas por el trabajo solitario, la pérdida de comunicación entre especialistas, por la burocratización, ésta última de la mano de lo antidemocrático y lo mediocre en el ejercicio de la historia, una burocracia que incluye a muchos *especialistas*, por un mar de conocimiento con un centímetro de profundidad; problemática relacionada con los procesos de contratación parcializados, con la calidad de la producción académica, con la insuficiencia de reseñas de las producciones importantes y con la imposibilidad de seguir toda la producción científica en historia.

Destaca Lukacs (2011) el bajo impacto de la crisis cultural del siglo XX en el estudio, investigación, escritura y enseñanza de la historia. En tal lectura, ubica los años setenta como en tiempo de auge de la historia social, una de las ramas de la historia. Citando a Tocqueville, convoca a pensar en qué, por qué, cómo y cuándo las personas piensan y creen; lo que aprecia que los problemas de la profesión ya no son hoy los de los tiempos en que unos hombres sí eran históricos y hacían historia y otros no, todas las personas son

históricas y todas las fuentes son históricas. Satisfecho por el hecho de que la mayoría de los historiadores profesionales no cayeron en el timo de las modas pasajeras, perseverando en la investigación, estudio y escritura de buena historia, reclama:

Y esta es la tarea que los define: luchar contra todo tipo de mistificaciones, contra las muchas formas de falsedad, detectarlas y sacarlas a la luz por el bien de todos y con la conciencia de que la búsqueda de la verdad pasa, hoy como ayer, por abrirse camino a machetazos entre una selva de mentira (Lukacs, 2011, p. 29).

Lukacs (2011) ubica en los años sesenta el hambre de historia, algo bueno con su lado malo: saciar el hambre “con abundante comida basura” (p. 63), entre lo que se puede incluir la mala biografía, fenómeno agravado por el desinterés de la historia profesional por la enseñanza de la historia, por la distancia entre quienes estudian la historia y quienes la viven o hacen. Fenómeno impactado por decisiones de administradores y burócratas sobre los currículos, reduciendo y/o limitando la formación a lo técnico-útil, económica y empresarialmente, disminuyendo el número de estudiantes de historia y aumentando la ignorancia de esta.

Desestima que la causa de dicha hambre sea la curiosidad únicamente; para el caso de Estados Unidos, cree que se debe a la crisis de la idea de progreso a la vez que a la esquizofrenia de los conservadores que identifican a sus enemigos como enemigos del progreso. Pero más allá del caso estadounidense, están preguntas sobre la necesidad e importancia de la historia, sobre las consecuencias de su desconocimiento. Lukacs (2011) guarda cierta esperanza en el hambre de historia. Señala la complejidad del proceso cuando indica su preocupación por los cambios en el funcionamiento de la mente actualmente; la forma, las causas, los tiempos y lugares en que se emplea, y la relación de ello con el hambre de la historia. Lukacs se interesa por la escritura de la historia, arte, ciencia, literatura: ¿Literaria o científica?

Escribir historia (y enseñarla) también es reconstruir, pero sus fuentes son auténticas, vienen de hombres y mujeres que vivieron de verdad, cuyos actos y palabras se relatan de nuevo, pero no se recrean. Además, se describen y cuentan en un lenguaje cotidiano, comprensible para sus autores y profesores, tanto como para sus lectores. La historia escrita no recrea: describe (Lukacs, 2011, p. 78).

Lo insuperable es la escritura, no el hecho o la palabra, sino los significados. Lukacs (2011), nos previene de cuatro riesgos en cuanto al hecho y la mutabilidad de las palabras. Los peligros de los hechos son: i). El significado depende de la relación y la comparación con otros hechos; ii). Depende del cómo se enuncie y de los términos usados; iii). Del objetivo que se tenga al decir; iv). El hecho mismo tiene una historia (p. 78). Sobre las palabras, conviene en recordarnos que una palabra no dice hoy lo que decía hace cien años o dirá en diez, pero las palabras son las personas mismas, parte de ellas, no en están en ellas mismas. “Cuando las palabras dejen de existir, las personas continuarán existiendo, pero su conciencia histórica, incluida su propia historia, no” (Lukacs, 2011, p. 79).

Aunque las palabras no desaparezcan, la abundancia de palabras huecas puede hacer desaparecer también la historia como ciencia, o según prefiere Lukacs, como literatura. Literatura sí, inexactitud no, literatura porque se trata de llegar a la gente para que pueda comprender a partir de cada una de las palabras rigurosamente elegidas en la descripción hecha por el historiador o historiadora, sean profesionales o aficionados. Historia como literatura, sin dejar de ser verdadera y exacta, “al elegir cada palabra no estamos haciendo solo una elección estética o técnica, sino moral” (Lukacs, 2011, p. 90). El deber de la historia científica es la escritura y la enseñanza.

Rememorando la escuela francesa de los Annales y su atención por la historia social, en un intento de ir más allá de los estados,

los gobiernos y los poderes, rememorando también a Braudel y la historia total, Lukacs (2011) manifiesta su preocupación por la superficialidad de la historia social, de género, económica, religiosa, intelectual y sexual. Superficialidad que a su entender está en los temas, pero, sobre todo en la insuficiencia de fuentes y pruebas, en la seriedad, importancia y exhaustividad de las investigaciones, en el peligro del determinismo como salida fácil a la engorrosa y agobiante tarea de buscar fuentes suficientes. La elección del tema tiene que ver con los intereses de quien escoge ese tema (Lukacs, 2011). De ahí que, un historiador atento tenga la obligación de atender no sólo a qué ideas predominaban sino a cuándo, cómo y por qué habían surgido esas ideas, hasta llegar a invadir e incluso alterar la historia de las personas.

1.2. Breve recuento de algunos aspectos de la historiografía

*Esta facultad de captar lo vivo es,
en efecto,
la cualidad dominante del historiador.*

M. Bloch.

(Murió el 16 de julio de 1944
fusilado por los alemanes))

Bloch (2015), –finales del siglo XIX e inicios del XX–, evoca dos tendencias que promovieron la pretensión de formular en el campo de la historia: la primera dejó por fuera el acontecimiento y se enfocó en crear una ciencia de la evolución humana. “Nos ha enseñado a analizar con más profundidad, a enfocar más de cerca los problemas, a pensar, me atrevo a decir, de manera menos barata” (Bloch, 2015, p.20). La segunda, al observar la imposibilidad del establecimiento de leyes, redujo la historia “a una especie de juego estético” (Bloch, 2015, p. 20), lo que para el autor fue un ejercicio de fanfarronería.

En el marco de la discusión sobre la emulación de los métodos y aspiraciones de las ciencias naturales, Bloch (2015) expone a mediados del siglo XX que la certidumbre y el universalismo no son absolutos ni siquiera en la física; que en ese marco las ciencias humanas son científicas y no deben avergonzarse sino enorgullecerse de su originalidad y recuerda que “cada ciencia no representa nunca más que un fragmento del movimiento universal hacia el conocimiento” (Bloch, 2015, p. 23). En relación con la discusión de la historia como arte o ciencia, Bloch defiende su condición de ciencia. A su vez, resalta la importancia de la forma: finura del lenguaje, color del tono verbal, tacto de las palabras.

Ahora bien, el conocimiento únicamente puede darse en términos colectivos; justamente, una condición para que el conocimiento sea posible es la existencia de una comunidad humana. Los hombres y las mujeres son en tanto hay otros hombres y mujeres con quienes pueden interactuar. Es imposible concebir a un ser humano aislado. El lenguaje y las demás instituciones propias de lo humano son resultantes de la acción de intercambio material y simbólico entre dos o más seres humanos. En tanto, el conocer es una necesidad constituyente de lo humano, la intención consciente de pensar es una condición necesaria para que el conocimiento se perfeccione, supere y crezca.

En este sentido, Renán Silva (2015) llama a la reflexión. En relación con la investigación histórica, en su caso para Colombia, las interpretaciones científicas no deben reducirse a la justificación de objetivos por alcanzar o mantener el poder, citando a Norbert Elías traza que el conocimiento debe ser autónomo y separarse de los juicios de valor y de las opiniones, un “conocimiento con distancia y diferencia mínima de los intereses particulares y de sus memorias e identidades de grupo” (p. 13). De ahí, la importancia de algunos verbos que deben tenerse a cierta distancia: alabar, insultar, exaltar, condenar. Citando a Ranke (1795-1886): “volver a las fuentes” (Silva, 2015, p. 16). Hacer un trabajo histórico es hacer un trabajo analítico, documentado y construido “en relación con las condiciones de las ciencias sociales” (Silva, 2015, p. 18).

También Bloch (2015), como Silva (2015), pone en cuestión el tema de la toma de partido. En relación con el análisis histórico, Bloch menciona dos problemas: imparcialidad histórica y tentativa de análisis, con ellos, el problema de la primera se observa desde dos sujetos; el sabio y el juez, ambos honradamente sumisos a la verdad, empero, con la diferencia radical de que el sabio llega hasta la explicación, mientras al juez le compete explicar y juzgar, lo que le obliga a tomar posición ajustada a la ley.

La historia hizo por mucho tiempo –lo sigue haciendo– de juez, juzgando incluso sin explicar, sin escrutar, sin desentrañar, encerrándose en el infecundo “antropocentrismo del bien y del mal” (Bloch, 2015, p. 138). Ello no niega que en la historia, a partir del análisis del testimonio, pueda colegirse la calificación de un hecho, una decisión, una política que ayuda con ello a comprender. No es una actitud pasiva. Para elaborar una ciencia siempre se necesitarán dos cosas: una materia y un hombre “Como todo sabio, como todo cerebro que no hace sino percibir, el historiador escoge y entresaca. En primer lugar, descubre los semejantes para aproximarlos” (Bloch, 2015, pp. 140-141).

Todas las agrupaciones humanas tienen saberes, con características propias y niveles de complejidad diferenciados. Las comunidades humanas en todo tiempo y lugar han instituido formas de organización que responden a la comprensión de la realidad históricamente construida, hasta donde se sabe, con formas de dominación de unos grupos sobre otros. La cual, implica la existencia de víctimas. Dussel (1964), acude a la idea del conocimiento como pensar auténtico, defiende la condición de escuchar la voz de la exterioridad y tener conciencia de la existencia de las víctimas. Para la filosofía de la liberación el conocimiento debe ocuparse por conocer desde el lugar de las víctimas –el *Otro*– de la dominación porque considera que en donde los sistemas fallan es en donde se puede conocer lo que son. Dussel expone a modo de consigna el llamado a asumir el lugar de la víctima como lugar de enunciación esencial y convertirse en profeta:

militar en defensa de la vida, “cuando hablamos de conciencia no nos referimos a la mera conciencia psicológica, ni a la conciencia individual, sino a la conciencia histórica y colectiva que se ha dado en llamar intersubjetividad” (Dussel, 1964, p. 36).

Bloch (2015) establece criterios científicos que en principio parecen distantes de una vinculación militante, aun así, manifiesta que pese al estilo frío, a la historia le importa la vida y para comprender la realidad de la humanidad, además de acudir a nuestras experiencias cotidianas con la que podamos comprender una parte de la realidad, debemos integrar la observación voluntaria y controlada necesaria, nunca suficiente. En torno a la misma preocupación, Silva (2015) acude a De Certeau (1925 – 1986), para indicar que el análisis del lugar social es constitutivo de la práctica del historiador, instiga a aguzar los sentidos con las formas de control de la operación historiográfica, presentando la idea de los tres pilares de la operación historiográfica, que se esquematizan en la siguiente gráfica.

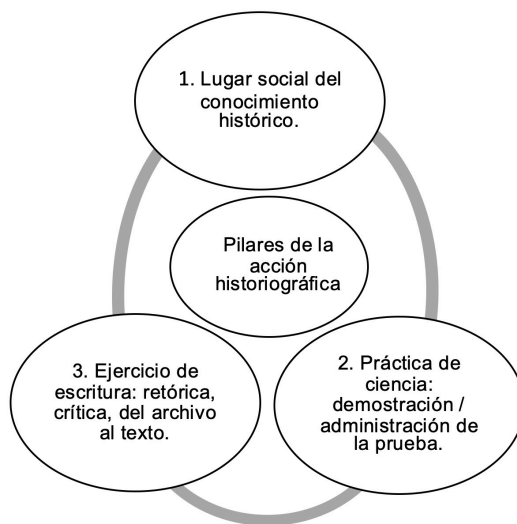


Gráfico 1. Tres pilares de la operación historiográfica.

Fuente: Silva (2015). Diseño: elaboración propia

En relación con el tercer pilar, el de la escritura, Silva (2015) afirma que, tiene diferencias con Pierre Bourdieu (1930-2002); según su criterio, se empobrece y desestructura el oficio del historiador al “reducir el análisis histórico a la escritura” (Silva, 2015, p.23), puesto que las realidades sociales no son realidades lingüísticas únicamente. Es en medio de estos apuntes tan valiosos sobre el trabajo de taller en que el historiador o historiadora debe moverse permanentemente dado que refiere un debate hondo para el país: la cuestión de las víctimas. Acierta al señalar que los ciudadanos deben ser tratados como personas y advierte del peligro que acecha “en repetir mitologías del nacionalismo criollo, disfrazar lo racial con lo étnico, quedarse en lo ancestral, eternizar la idea de víctimas, limitarse a la memoria histórica” (Silva, 2015, p. 25). Se trata de abandonar los idilios, la historia es relación de fuerzas cambiantes y discontinuas con simpatías, antipatías y exclusiones; por lo mismo, no hay verdad a priori, ni hay historiografía terminada lista para enseñar. Según Silva (2015), las corrientes historiográficas de los años 80, pertenecientes al giro cultural y al giro lingüístico, tuvieron efectos perversos y realizaron una crítica bajo la forma de falsas suposiciones porque excluyeron del análisis las condiciones materiales, lo que enfatiza unilateralmente en lo simbólico y cultural, simplificando e idealizando las representaciones sociales, separándolas del mundo de las instituciones, los rituales, lo ceremonial y las conductas prácticas.

El núcleo del problema, para Silva (2015), parte de comprender la diferencia en su historicidad y en ello el análisis histórico investiga las “formas históricas de esta diferencia”; lo que pasa por lo verosímil en tanto objeto de investigación en procura de lo que es “posible creer y tomar por verdadero en un momento determinado” a través de un “análisis cuidadoso de las formas históricas de la relación entre historia y ficción”, como indagación para la comprensión de las relaciones complejas entre condiciones y contextos que “han permitido el surgimiento de un fenómeno o acontecimiento determinado” (Silva, 2015, pp. 31-32). Análisis que presta rigurosa

atención al tiempo, al espacio y a la documentación de una época histórica (momento de una sociedad con estructuras sociales y representaciones culturales singulares, contextos y condiciones), que Silva ubica en la configuración del orden social, intelectual, simbólico, del imaginario y del saber. Orden enmarcado en relaciones de jerarquía y causalidad, también de indeterminación, también parte del problema central de los historiadores.

Criticando a Bourdieu, Silva (2015) trae como preocupaciones el empirismo, la pobreza conceptual y el rechazo a toda reflexión crítica en la que caen los historiadores. Propone la distinción entre hecho histórico y ficción, unida a la pregunta por “el carácter histórico realmente existente de los sucesos que interrogan”. No porque los hechos de ficción sean irreales, sino porque es necesario tener claro que son de otro tipo, especialmente cuando una renovación conceptual importante ha sido “dar un lugar en la sociedad a las creaciones del espíritu y de la imaginación que se encuentran en las bases de las creencias y, en general, de la acción humana” (Silva 2015, pp. 36-37).

Esto nos lleva directamente al problema de “pensar históricamente el trabajo de historiador y los propios instrumentos conceptuales” (Silva, 2015, p. 39). Sensibilidad y método van de la mano. El método no está determinado por el orden de los acontecimientos sino por las búsquedas de la investigación, por las preguntas a responder, por los cambios que se quieren captar, lo que puede encontrar mejores rutas si emprendemos el camino en el hoy y viajamos –regresamos– hasta la génesis, “unir el estudio de los muertos con el de los vivos” (Bloch, 2015, p. 50). Unión que requiere la humildad de quien sabe que no puede hacer las cosas solo, que nunca ha sido así, que siempre ha estado en relación y dependido de las relaciones. Cuestión especialmente cierta para la investigación histórica. En cuestión de método historiográfico, Bloch, como se ordena en la siguiente gráfica, señala:

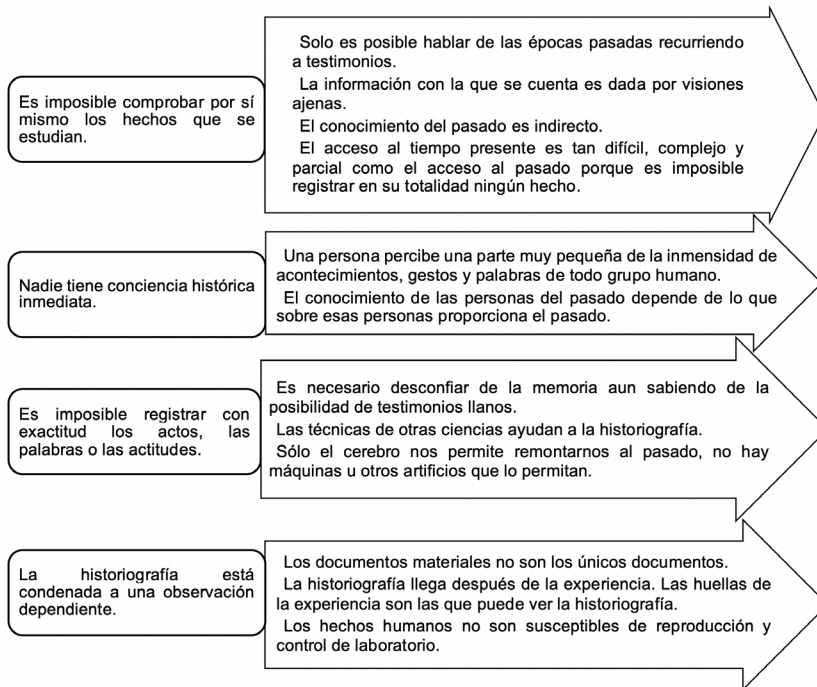


Gráfico 2. Sobre el método historiográfico.

Fuente: Bloch (2015). Diseño: elaboración propia.

Para Bloch (2015), las crisis, las revoluciones y los desastres, entre otros sucesos, han brindado al oficio de investigar la historia acceso a fuentes valiosas que en otras circunstancias nunca habrían estado disponibles para consulta. Por suerte han surgido “nuevos procedimientos de investigación antes ignorados [...] para descender a más profundos niveles de la realidad social” (Bloch, 2015, p. 61), el pasado nos proporciona en general dos clases de documentos históricos –testimonios–: unos hechos para ser documento histórico –voluntarios–, proporcionan “un encuadre cronológico casi normal y seguido” (Bloch, 2015, p. 64), otros hechos para fines distintos. En éstos es en los que desde la historia se ha puesto más confianza, porque en caso de que haya deformación, ésta no ha sido “preconcebida para la posteridad” (Bloch, 2015, p. 64-65).

Silva (2015) en el debate con las posturas posmodernistas y cuestiones como ficción, historia y memoria, el etnocentrismo, el anacronismo y el lenguaje, expone su mirada sobre el oficio de historiador a manera de práctica desde la experiencia y no de entusiasmos o modas, como práctica que exige rigurosidad con los procesos de investigación, tanto en el rastreo de las fuentes y en la construcción de categorías de acuerdo al contexto y advirtiendo de los riesgos de lecturas apresuradas, de las pruebas sin críticas y sin soporte, del problema del prestigio, la moral y la consciencia. Usa un lenguaje satírico para abordar esos debates sobre la historia de Colombia, se detiene en prestar atención a la escritura científica de la operación historiográfica, para lo que identifica cuatro pasos momentos, bosquejados en la siguiente gráfica.

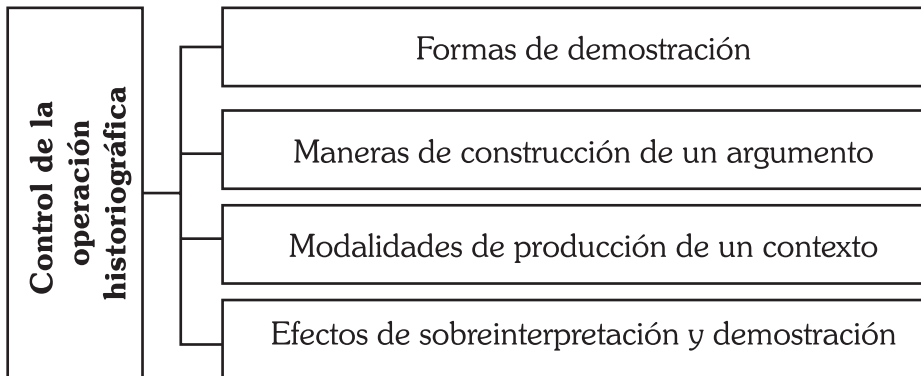


Gráfico 3. Control de la operación historiográfica.

Fuente: Silva, 2015. Diseño: elaboración propia.

Bloch (2015), al caracterizar la observación histórica acude a una expresión de F. Simiand para decir que el “conocimiento de los hechos humanos del pasado y de la mayor parte de los del presente” (p. 58), es un conocimiento “por huellas”, esto es, “la marca que ha dejado un fenómeno y que nuestros sentidos pueden percibir” (p. 58), incluso huellas relacionadas con la sensación, la inteligencia, la emotividad propia de la experimentación psicológica

individual, las cuales son posible de asir al buscar en los informes de los testigos, pues acudir a los testimonios no es creerles, ser su eco, sino, “contrastar su veracidad” (Bloch, 2015, p. 65), sospechar de su exactitud.

Si bien el pasado es un tirano, no está blindado ante la inteligencia humana, no puede evitar que veamos lo que no tenía “el menor deseo de exponernos” (Bloch, 2015, p. 66), no puede negarse a responder el “cuestionario”, –“primera necesidad de toda búsqueda histórica” (Bloch, 2015, p. 66), incluso si es instintivo existe (Bloch, 2015, p. 67)–, que hemos preparado para nuestra investigación, sabiendo de la diversidad de fuentes y que los problemas son a sí mismo múltiples. La historia exige reconocer la complejidad de los hechos humanos y la rigurosa formación que se requiere para abordarlos. “Nunca para hacer historia se ha procedido como muchas personas creen: i). Reunir documentos, ii). Confirmar su autenticidad y veracidad, iii). Analizar y comprender” (Bloch, 2015, p. 67), jamás se debe esperar que la inspiración provenga del documento.

En otros términos, toda investigación histórica presupone, desde sus primeros pasos, que la encuesta tenga ya una dirección. En el principio está la inteligencia. Nunca, en ninguna ciencia, la observación pasiva –aun suponiendo, por otra parte, que sea posible– ha producido nada fecundo (Bloch, 2015, p. 67).

La investigación puede ahorrar tiempo precioso si se sabe consultar las herramientas que relacionan documentos, su organización en archivos, los lugares donde se pueden encontrar, los temas tratados, los vacíos. Es importante acudir a ellos con humildad, reorientando ese tiempo que demandaría mucho trabajo personal, hacia otras tareas también importantes como la lectura crítica y su comprensión, el trazado de una ruta metodológica clara, que en ejecución nunca está exenta de errores y problemas, ni de aprendizajes y logros importantes. Retomando a Bloch (2015), al cúmulo de documentos consultados, debe tejerse la elaboración

de una metodología pertinente y un conocimiento suficiente del contexto actual e histórico que involucra la investigación en curso, sobrepasando con ello los riesgos del olvido y la ignorancia que devienen de la negligencia y el secreto.

En cuanto a la crítica, tan necesario es comprobar la veridicción de un documento como entender que la falsificación existe; a su vez, si bien la crítica desde el sentido común aporta, no es suficiente y no siempre es provechoso quedarse únicamente en ella. El trabajo técnico y la elaboración teórica son codependientes y por lo tanto ambos merecen rigor, lo técnico sin claridad teórica convierte la herramienta en fin, la erudición sin polo a tierra queda en el vacío (Bloch, 2015), el intelecto es tan importante como necesaria la artesanía.

En este sentido, la duda es importante y vista en sentido positivo, a quien investiga la historia compete indicar la procedencia de sus documentos, comprobar sus planteamientos, enfrentarse a la refutación, ir más allá de las afirmaciones explícitas de los documentos, “examinar, confrontar, distinguir las formas o procedimientos de fabricación” (Bloch, 2015, p. 91). Enfrentar la impostura porque la mentira es el peor veneno del testimonio, que puede ser por falsedad del documento, falsedad en el contenido (Bloch, 2015) o alteración del contenido en un documento auténtico. Respecto del engaño, Bloch (2015) menciona que es importante no sólo identificarlo, sino conocer los motivos para realizar el mismo, en otras palabras, “la crítica llevada a buscar, detrás de la impostura, al impostor” (Bloch, 2015, p. 94), mentiroso que cabe como calificativo para una persona, un grupo e incluso una época viciada por lo mitómano, que incluye esos casos en lo que la falsedad sirvió a ciertos intereses, y aquellas mentiras dichas inconscientemente por personas de buena fe que creían estar diciendo la verdad y no lo hacían por errores de la percepción y de la memoria; al fin y al cabo, todas las personas están sujetas a la fatiga, la emoción y la atención. Bloch (2015) prefiere hablar de buenos y malos testimonios más que de buenos y malos testigos.

En tal sentido, Lukacs llama la atención sobre un problema importante, éste es, el de los temas de la historiografía, ahora se habla del pueblo y no solamente del Estado y el gobierno. Relacionar un dato con una persona concreta como un presidente, un rey o un emperador demandaba precisión. Hacer lo mismo cuando se dice comunidad y al pueblo es diferente: ¿Quién es el pueblo? ¿Es nación o es pueblo? ¿Es nacionalismo o es populismo? ¿Qué es la opinión pública? ¿La opinión es pública o es popular? ¿Quién y cómo influencia los “sentimientos populares”? ¿La publicidad, la burocracia, la academia definen, juntas, separadas, en contradicción o consenso? ¿La mayoría es mayoría o la publicidad simula la mayoría?

Para juzgar un testimonio (Bloch, 2015) se acude a los postulados lógicos: principio de contradicción, razones presuntas de veracidad, mentira, error, la evidencia, la incertidumbre, la probabilidad, el contexto y su peso en lo particular, lo igual, lo desigual, lo uno, lo múltiple, la crítica estadística, la concordancia y la discordancia de la lingüística, lo probable, lo improbable. Sin embargo, la crítica no debe negar el descubrimiento, ni la sorpresa, ni la semejanza, la disidencia y la inocencia. Es necesario entender que muchas veces no hay falsedad en el testimonio sino ignorancia y su hallazgo viene a aportar en su superación. A su vez, la prudencia científica en el campo de la historia aconseja tener claro que la originalidad individual no es infinita, ni la posibilidad de lo fortuito tampoco.

1.3. El problema de la liberación de la víctima y la liberación

*Si yo fuera un anticuario
solo me gustaría ver las cosas viejas.
Pero soy un historiador
y por eso amo la vida
H. Pirenne citado por M. Bloch*

Para Dussel (1974) el problema científico más importante es la liberación; pensarla y hacerla, como superación del problema de la dominación, a manera de compromiso pedagógico, ético e histórico. Desde la teología habla del pecado como problema ético que implica la eliminación del otro como ejercicio del mal, negación de su vida, su palabra, su historia; pecado como muerte, dominación, opresión y represión en tanto resultantes de relaciones de alienación entre opresor y oprimido. Desde la filosofía habla de un pensar bárbaro que trascienda el pensar eurocentrado de una modernidad dominadora.

Liberación prácticamente imposible, aunque mediada por la consideración de la imposibilidad del triunfo definitivo del no-otro y de la confianza en que las víctimas desde su negatividad participan de la historia perseverando en la lucha por lo éticamente justo. El científico y el filósofo aportan a la historia con la cosecha de conclusiones sobre las relaciones históricas en la erótica, la pedagógica, la política y la teológica, relaciones de justicia o de opresión cultural, política, económica y religiosa.

Lo teórico es un medio, jamás un fin. Es una apuesta por entender un frente de lucha importante para la liberación: la liberación de la ciencia y de los caminos que nos llevan a la verdad. Se trata de la defensa de la vida que procura la verdad desde el rostro sufriente, hambriento y torturado. El profeta quiere vivir, ama la vida, sencillamente logra imponerse al miedo, a la cobardía, la traición o la inacción jugándose la vida propia y la del *Otro*.

La lucha por la liberación es la apuesta por una historicidad auténtica, un hacer científico interesado en superar la versión encubridora de la dominación. El guerrero blanco, masculino, europeo y cristiano no pregunta por ¿Quiénes somos?, ni le importa, sin más emplaza su forjado colonial. De ahí la importancia de las propias categorías en oposición o debate con las categorías de la dominación. La ciencia en el sentido de la preocupación por el pueblo no sacrifica

el rigor del método en tanto el científico o científica parte de la acción política en donde la rebelión, sin perder científicidad, se ciñe al compromiso con la búsqueda de la verdad porque la vida propia y la vida del necesitado se están jugando en todo momento.

Nuestra perspectiva no es la del que ve la realidad de arriba hacia abajo, sino, por una parte, la del que sufre de abajo lo que está arriba; pero también, por otra parte, la del que descubre una salida del proceso muy distinta. La sociedad opulenta ha de tener que caminar de una manera, mientras que el hombre oprimido ha de tener que liberarse de otra manera (Dussel, 1972, pp. 139-151).

Las herramientas analíticas necesarias para el estudio histórico existen en teóricos comprometidos como Marx y otros. Gestionadas por un abordaje crítico se constituyen en instrumentos teóricos esenciales para comprender la realidad, esto es, para andar en contra del ocultamiento de la realidad, de la complicidad y promoción de la dominación, explotación, represión y exclusión. Se trata de luchar por la comprensión del pasado, no de transformarlo pues ya sucedió. Es su conocimiento una disputa constante, no sólo con otras lecturas, sino con la propia ruta de investigación, avanzando contra la ignorancia de éste, aceptándola si no hay otra salida (Bloch, 2015), pero, que inyecta toda la energía posible a la búsqueda honesta de respuestas que irradian en camino de la liberación.

Para el capitalismo –El Capital– el dinamismo demográfico de la humanidad obedece a la necesidad de población como fuerza de trabajo y como consumidora de mercancías. Un marxismo para América Latina además de la categoría de clase propone la categoría de pueblo. El pueblo no es “sólo una clase, ni siquiera sólo un conjunto de clases determinadas por el capitalismo, sino que lo constituyen también a veces otros grupos sociales que guardan exterioridad con respecto al capitalismo como tal” (Dussel, 1994, pp. 407-413). Fidel Castro expone que el bloque social se constituye por los grupos oprimidos. El pueblo es un sujeto histórico,

ni conglomerado, ni residuo: sujeto. El pueblo y el pobre como oprimidos en tanto clase social y oprimidos en tanto exterioridad: desocupados en el sistema y expulsados del sistema.

Retomando a Marx (2000), el marco teórico de comprensión de la realidad tiene como hallazgo trascendental y fundamental, descubrir que, en todo sistema humano, el trabajo es la objetivación de la vida humana, es decir que en la materialidad de la materia prima hay ahora ser humano. En el mismo plano se encuentran algunos planteamientos de Bloch (2015), quien llamando a ser conscientes de la necesidad de elegir la parte de la realidad que se desea estudiar, referencia a Milchelet y a Faustel de Coulanges para declarar que esencialmente el ser humano es el centro de la historia, su ausencia de la historiografía la reduce a un ejercicio de erudición, porque la ciencia del tiempo, categoría esencial para el oficio, es historiografía siempre que en su examen de la realidad sitúe en el centro de sus ejercicios de inteligibilidad la historia humana. En este sentido, cabe a la historia como conocimiento realizar y presentar su interpretación clara del proceso en el cual el Otro dice su palabra, su historicidad.

Historicidad en la cual la persona humana es parte constituyente y constituida por la comunidad. En tal aspecto la historia como ciencia aclara lo que como seres comprometidos con su tiempo hicieron quienes nos precedieron. Rescata la memoria de personas, instituciones y procesos, explica acciones y comportamientos, hacer ver las luchas contra las injusticias y las responsabilidades de esas luchas. Todo ello con un trasegar investigativo por los detalles, personajes, acontecimientos, datos, lugares, fechas, documentos, palabras, prendas y demás trazos que aportan para la visión de lo sucedido.

La investigación de la historia tiene una pretensión destructiva, la de descubrir lo que ha sido oculto por las historias que se afirmaron en la dominación e impusieron como obvio y natural –verdadero–

lo temporal, crítica del tiempo histórico como movimiento de liberación ante el ocultamiento de lo auténtico y la imposición de la matriz occidental alienante. Historia como suma integradora del pensar científico y la acción rebelde, trabajo intelectual y quehacer. Lo que para el caso de América Latina requiere tramitar la exigencia metodológica de discernir en lo inauténtico las pistas del acontecer histórico auténticamente liberador, incluida otra periodización contra el ejercicio de dominación hegemónico, contra el tiempo que detenta el poder opresor. Combatir en el plano de la ciencia es asumir la lucha por romper o deslegitimar y desmentir la fetichización de la historia (Dussel, 1965), explorando en ella el lugar del Otro excluido que no es escuchado, que ha sido enmudecido y aceptar como verdadera la palabra silenciada. Es el hacer ciencia ensuciándose las manos en el devenir de la historia.

Como en el plano de lo técnico, la investigación histórica puede considerar lo que se dice sobre la construcción de artefactos a partir de la experiencia, la costumbre y la teoría. Ante la pretensión eurocéntrica de una sola razón central, Dussel propone la existencia de familias culturales en todo el planeta, es decir, en Asia, Europa, África y América como muestra dicente del origen múltiple de la cultura humana. En la historia reciente el choque violento entre familias culturales ha sido genocida, siendo paradigmático el caso que comienza el doce de octubre de 1492. Particularmente, para América es necesario partir cuando menos de la historia del choque que se instala en el siglo XVI, en relación directa con la instauración de un sistema que desde entonces generó millones de víctimas, instaurando la opresión en la razón de la fuerza que la violencia y las armas dieron a los invasores. Violencia de la dominación que debió enfrentar la violencia de la resistencia.

En relación a la dificultad para nombrar la realidad, Bloch (2015) reconoce que para la historia esto es una deuda, a la vez que da la razón a quienes anuncian la distancia que en ello nos lleva, por ejemplo, la química. Sin embargo, aclara que para las ciencias

humanas no es tan fácil ese asunto, pues a diferencia de las ciencias exactas, en una rama como la nuestra, las realidades que estudiamos no esperan a la academia para nombrarse, al contrario, lo hacen sin más y casi siempre sin la precisión de lo técnico. Si a lo anterior se le agrega el hecho innegable de que el lenguaje muda, cambia, está en disputa, depende del lugar, del clima político, del contexto, del micro contexto, de la clase, del género, de la etnia, de las emociones, hasta de la entonación, entonces el problema de la denominación es difícil.

Lo dicho sobre la nomenclatura, se aplica para la demanda de la periodización, es decir, la respuesta a la necesidad que tenemos en la historia de abstracción del tiempo del devenir; al respecto, parece prudente dejar a la investigación hablar, fundamentar en la fuente los elementos para decir este o aquel periodo se denomina así porque los cambios y continuidades nos permiten demarcar las fronteras temporales marcadas, nuevamente, con el debido cuidado de la flexibilidad y rigor necesarios, prudente. Y si esas propuestas incluyen la identificación de causas, tener en cuenta que “el empleo de la relación causal como herramienta del conocimiento histórico exige incontestablemente conciencia crítica” (Bloch, 2015, p. 183) y saber que las causas no resultan de la publicidad que hagamos de una idea o un argumento, sino de la investigación que les sustenten y demuestren.

En el plano de la revisión de las fuentes, la solución frente a este reto de la ciencia de la historia, Bloch (2015) propone abordar el vocabulario como un testimonio más, por lo mismo, sujeto a la crítica que requiere el trabajo científico con los datos que trabajamos. En el plano de la construcción del vocabulario propio de la disciplina, la ruta que hemos transitado pareciera tener una buena veta en la construcción histórica del propio lenguaje disciplinar, al menos en cuanto a los términos de peso, así ha sucedido, en la medida en que generación tras generación de investigadores e investigadoras, así como de escuelas y comunidades científicas, han sumado un

cúmulo de categorías que nos permiten decir con relativa certeza de dar a entender, sin pretender con ello afirmar que una definición sea definitiva, claro que no, pero las mismas investigaciones, los debates propiciados y el esfuerzo de escritura, van favoreciendo la comprensión de los cambios y de las afirmaciones.

Un proceso que se amplía en el tiempo al periodo en que los conflictos internos de Latinoamérica niegan la unidad continental y defienden la autonomía nacional alienada al servicio de los imperios metropolitanos, en concreto, como traición a la primera independencia. Ante esta lógica negadora de la unidad latinoamericana, la revolución emerge como paradigma político emancipatorio en tanto proceso histórico posible: “el único lugar de la revolución es la historia” (Dussel, 1972, p. 11). La revolución aquí no es transparente, compete al perseguido y al rebelde, a sujetos que no tienen las manos limpias porque sus obras no están exentas de daño y dolor, pero están inmersas en un principio: el amor como fundamento de la acción emancipadora. “Ese amor no es solamente un amor en general, sino que es un amor de justicia, porque es un amor al otro como otro” (Dussel, 1972, pp. 13-14).

1.4. El problema del abordaje de la historia de los derechos humanos en Colombia

*Mamá, ¿me pondrán en la línea de fuego?
¿Mamá es sólo una pérdida de tiempo?
Silencio bebe, ya no llores.
¿Mamá te quitará ella a tu pequeño?
Mother, Pink Floyd, 1979*

En una geografía donde la línea de fuego es borrosa, donde se sepulta antes de tiempo a millares de personas, donde mamá

perdió a manos de la guerra a su pequeño, en Colombia la lucha por el respeto a los derechos humanos está inserta en la acción de lucha de las víctimas. Fue con el recrudecimiento de las acciones de represión que se constituyeron las primeras organizaciones para acompañar a mujeres y hombres que fueron detenidos y torturados por las fuerzas oficiales en los años setenta y ochenta; también para apoyar a las familias de las víctimas del crimen de desaparición forzada. Si bien en un primer momento, por el origen liberal del discurso de los derechos humanos en el hemisferio occidental, las organizaciones de izquierda más radicales calificaron como *pequeño burgués* el ejercicio de defensa de los derechos humanos, con el empeoramiento marcado de la violencia –asesinatos, masacres, amenazas, genocidios, desaparición forzada, torturas, abuso sexual y demás crímenes de lesa humanidad– la figura del defensor y la defensora de los derechos humanos irrumpió cada vez con mayor legitimidad.

La verdad de lo que estaba sucediendo fue negada. En Colombia no hay presos políticos afirmó el presidente Turbay (1981). En las cárceles, estaciones y campos militares no se torturaba. No había crimen de desaparición porque el crimen no podía comprobarse porque el problema era que las personas no aparecían: ni vivas, ni muertas. El trabajo por los derechos humanos comienza a ser también el de escuchar a las víctimas. Recolectar los testimonios, rastrear datos, construir contextos, organizar casos y presentarlos ante las instancias de justicia formal y en los escenarios de solidaridad internacional por la liberación como defensa de la vida, como lucha por la dignidad humana.

Retomando las palabras de Dussel (1983), la defensa de los derechos humanos se inscribe en praxis de liberación porque obra en nombre del derecho a la vida como derecho sin el cual los demás son imposibles. Desde el punto de vista histórico, en la segunda mitad del siglo XX, el quebrantamiento de los derechos de las colombianas y los colombianos se inscribe en el contexto amplio

de la revolución y la contrarrevolución. El triunfo de la revolución pretende la destrucción de la exterioridad del otro y la totalidad del sistema, mientras la contrarrevolución es la implementación de la doctrina de seguridad nacional y de la política de persecución del enemigo interno. En la historia de América Latina, la revolución y la contrarrevolución están en permanente combate, la una por la liberación, la otra por la perpetuación de la opresión “La Seguridad Nacional es la función de un Poder Nacional fortalecido armónicamente en sus cuatro expresiones: Poder Político, Poder Económico, Poder Psicosocial y Poder Militar; los cuatro juntos permiten realizar la Seguridad Nacional” (Dussel, 1977, p. 140).

En términos metodológicos, un conjunto de relaciones permite abordar el análisis integral de las violencias que se ejercen contra los derechos humanos. Así mismo las relaciones en cuestión permiten comprender los procesos emancipatorios o de lucha por la liberación en lo erótico, lo pedagógico, lo político, lo económico, lo pragmático, lo arqueológico y lo estético. Lo erótico como relación para abstraer lo correspondiente a la relación entre parejas y las dominaciones o las justicias que ahí pueden darse; lo pedagógico como relación para desglosar los escenarios de la educación, sobre todo en el marco de las relaciones intergeneracionales; lo político como escenario de las relaciones entre sujetos públicos, no en el sentido de lo intra o extramural o lo personal o comunitario sino en relación a las relaciones mediadas por el gobierno de la ley o su subversión; lo económico como la relación de las comunidades humanas y las personas con la naturaleza como riqueza y generación de riqueza; lo pragmático en lo referente al lenguaje y la posibilidad de la palabra y poder tener un decir libremente, siendo escuchado y vinculado a la conversación o por el contrario segregado y enmudecido; lo estético en el sentido de las rupturas de categorías normalizadas como belleza, bondad, fortaleza e inteligencia o en su defecto la imposición de modos de ser etnocéntricos y eurocéntricos. Finalmente, la relación arqueológica como plano ético absoluto en que lo sagrado se fetichiza y, por lo tanto, se usa para la dominación,

o donde por el contrario lo sagrado se erige históricamente como referente ético absoluto fuera de la totalidad.

Metodológicamente emerge un problema aún no resuelto con el análisis que parte de las relaciones. En un primer momento cada una de ellas funciona para observar científicamente cada uno de los procesos, sin embargo, al adentrarnos en los procesos históricos, la abstracción se dificulta. Así, lo erótico es también político y pedagógico, incluso económico, praxiológico y estético; en el mismo sentido puede pensarse lo económico, cuando la explotación es de la vida humana y lo sagrado se vuelve mercancía y se erige sobre una estética eurocéntrica propia del poder político y económico dominante. Estas y otras cuestiones del mismo tono, aún son reverses de una búsqueda metodológica coherente; pese a ello, entrevén suficiente solidez para permitir un estudio total de la historia del movimiento de derechos humanos en Colombia. Hay una fuerza en tales categorías por la que vale correr riesgos metodológicos.

Aquí donde el cristianismo es referente para todo, es importante tener claro la cuestión de que una sociedad como la nuestra ante cada crisis se pregunta “si han interrogado a su pasado o si lo han interrogado bien” (Bloch, 2015, p. 11). El deber es preguntar al pasado a pesar o precisamente por los ríos de sangre con que la represión riega los territorios, preguntar quizá sobre los cuestionamientos que enlazan los versos compartidos a continuación.

¿Quién me procura?: ¿yo?, ¡otros!, ¿hay otras?

¿Quiénes son los otros?, ¿están con las otras?

¿Dónde están?

¿Son de dónde están, están de dónde son?

¿Son el dónde están?

¿Están?, ¿son?, ¿están siendo?

¿A dónde se fue quien era?

¿Está en mi memoria, aunque no lo recuerde?

Si no recuerdo: ¿soy también olvido?

¿Ser es también un dejar de ser?
¿Por qué tengo que ser?, ¿para qué?
¿Puedo no ser y abandonarme al instante?
¿Sólo fugarme de la geografía y la historia?
¿Fugarme es morir?
¿Es cierto que la peor muerte es el olvido?
Pero si la muerte es olvido:
¿Por qué son los vivos quiénes no recuerdan?

¿Soy cuando me niegas?
¿Cuándo me derrotas?
¿Cuándo tu triunfo es mi victoria?
¿Cuándo tu tortura cree en mi inteligencia?
¿Cuándo tu verdugo abre su oír a mi voz convaleciente?
¿Cuándo tus cárceles no me quieren libre porque soy libre?
¿Cuándo tus clasificaciones me reconocen?
¿Cuándo tu victoria no es mi derrota?
¿Cuándo al vencerme te traicionas?

¿Cuándo no soy lo que espera el amo soy quién quiero?
¿Puedo ser quien yo quiero ser?, ¿depende sólo de mí?
¿Debería depender de mí y nada más que de mí?
¿Necesito tu negación para mirarme al espejo y creer?
¿La libertad de mi vientre y de mi pueblo es libertad?
¿Es la libertad que me das mi mayor fracaso?
¿Es tu modo de libertad la trampa perfecta?:
¡El esclavo en mi cabeza!

¿Soy porque pienso, porque amo, porque me aman?
¿Pienso y amo lo que se me ha impuesto?
¿Aman lo que no soy y no logro saber que está en mí?
¿Puede estar en mí lo que no soy?
¿Me aman cuando aman aquello que está en mí y no soy?
¿Soy amado o soy odiado?

¿El amor puede ser así de cruel?
¿Así de peligrosa puede ser tú libertad?
¿Cómo puede mi libertad derrotar aquello que no soy y está mí?
¿Es el suicidio mi victoria: puedo ser las manos de mamá salvándome de ser esclavizado?

¿Puedo ir al otro lado de la frontera?
¿Puedo abandonarla o soy la frontera?
¿Tiene lados la frontera?
¿La frontera es el lugar o su negación?:
¡No existía antes del imperio!
¿Es mi cuerpo mi frontera: ¿la ausencia de algo, su presencia?
¿Puede querer no ser este cuerpo para ser de otro género: ¡Sí!?
¿Puedo querer no ser esta piel para ser de otra etnia: ¡no!?
¿Por qué puedo lo uno y no lo otro: ¿por la historia?, entiendo?
¿Sí entiendo?
¿Puedo ser de otra clase sin ser un traidor?
¿Sin tener más o tener menos?
¿No es coherente?
Entiendo, creo.
Pero, ¿Sí puedo no ser el cuerpo que soy?
Pero, ¿Ya soy aunque aún no sea cuerpo?
Pero, ¿Sí sigo siendo en tu cielo después de muerto?
¿Por qué no soy en tú tierra antes de tú crimen?

¿Soy el amor de tus manos tocándome entre rejas?
¿Soy el amor de tus manos matándome tras el primer llanto?
¿Soy libre en la pasión erótica en la cama de la prisión donde me dices terrorista?
¿Soy terrorista porque tu libertad es aterradora y tú justicia injusta?
¿Es entonces amable y justa mi violencia insurrecta?
¿Soy por la ternura de mi hija visitándome en la cárcel?
¿Soy humano para que me tengas preso?
¿Por qué me dices cucaracha, perro, escoria?
¿Si eso me dices y a la vez me procesas, eres eso también?

Soy a pesar de ti, lo sé:
Tu tortura, tu cárcel, tú libertad no me derrotan.
No soy cuando me vuelvo el verdugo y mi triunfo es tu victoria.
¿Qué me queda entonces: la
memoria?
¿Cómo se derrota tu victoria: con
olvido?
¿Van de la mano la memoria y el
olvido?
¿Se encuentran en la frontera de lo
que soy y no soy?
¿Es esa frontera fija o no es frontera ni
límite?
O es mar, río, viento, tierra: territorio.
¿Identidad?
septiembre 20 y 21 de 2018.

Además de la poesía recomendada por el propio Bloch (2015), para la escritura y el estudio de la historia, la legitimidad de la historiografía radica en explicar los hechos. “La historia es un esfuerzo para conocer mejor; por lo tanto, es una cosa en movimiento” (Bloch, 2015, p. 17), que procura superar las lecturas reducidas. En relación con el problema de los derechos humanos en Colombia, un aspecto fundamental para que el conocimiento sea posible es la presencia y la ausencia del silencio. Hay ocho silencios (Dussel, 1964) según la actitud que asume la persona humana: 1. Del ausente y desinteresado, 2. Del incapaz, 3. Del impotente, 4. Del vacío, 5. Del orgulloso, 6. Del callado e impaciente, 7. Del sediento y atento, y el 8. Del auténtico sabio. Del uno al cinco son silencios que atentan contra la renovación y emergencia del conocimiento, por su parte los silencios del callado e impaciente, del sediento y atento, y del auténtico sabio posibilitan la dimensión emancipadora del ser humano.

El silencio está precedido del grito del huérfano, la viuda, el extranjero, la naturaleza, es un silencio para escuchar. Atender a un llamado con la palabra de una voz que pasa del silencio a la voz que interpela la opresión y anuncia la salvación. El interés por los derechos humanos en el contexto de Colombia demanda trabajar con la palabra víctima, no en su dimensión degradante sino en su extensión histórica en que deviene a manera de palabra tejedora de identidades dispersas que asumieron construir un movimiento organizado y con capacidad de reclamar y hacer cumplir sus derechos. En el caso del Movimiento de Víctimas de Crímenes de Estado (MOVICE), los últimos quince años han significado caminar un proceso colectivo alrededor del compromiso por escarbar en la capacidad humana de ocuparse por la solución de los sufrimientos y detener el daño a la vida humana, a las demás especies y a la Tierra.

La víctima ha sido conciencia del daño causado por el sistema y conciencia de la acción en defensa de los derechos e intención de impedir la repetición de crímenes de lesa naturaleza y de lesa humanidad, como el de desaparición forzada, cuya herida permanente en el tiempo puede apreciarse en la siguiente descripción. Para ejemplificar: Hay mesas que después de años y años siguen soportando la cena que nadie va a comer pero que una madre sirve con el mismo amor y la inmensa esperanza de que hoy si llegará el hijo a tomar los alimentos, mañana recogerá los platos y hablará de ello con una mujer al otro extremo de la ciudad que sigue buscando a sus dos hijos, quienes en el ejercicio de su labor profesional denunciaron la corrupción, coherentes con los principios apropiados en casa. Ambas escucharán con respeto y generosidad a la mujer de la vía al mar que perdió a su hijo y al que recuerda con la desgarradora fuerza de su condición de poesía de ébano.

No se trata de “imponer al pasado el presente” (Silva, 2015, p. 14) pero tampoco de ocuparnos del pasado por el pasado. Quienes

estamos respirando en Colombia y fuera de ella, desde el interés por lo que en su territorio sucede, enfrentamos una larga travesía por resolver ese modo violento de tramitar muchas de nuestras diferencias. No es que seamos violentos por naturaleza, tampoco que tengamos una cultura de la violencia, pero si tenemos un asunto de primer orden en relación con la guerra, sea la que se hace desde satélites y con bombas de quinientas libras, sea la que se hace a puñetazos y navajazos en las esquinas del barrio de cualquier ciudad, tal como se relata a continuación:

Desde que la calle tiene memoria el viejo vende tranquilo lo que desde siempre ha vendido. El andén y el semáforo son de él y otras tantas personas, que igual viven del rebusque, ese negocio incierto que depende tanto de los caprichos del mercado como del afecto construido con el barrio.

En esas va el mundo cotidiano. De pronto, sin más y de la nada, llegan a cobrar.

Hay que pagar de inmediato. No tengo, dice, pero en la tarde o en la noche le paso su dinero. ¡Que no! La plata para ya. Les voy a pagar, pero necesito el día para conseguirla, les aseguro que más tarde tienen el dinero.

Un empujón y un tipo en moto y otro en un carro pequeño. Más empujones y más refriega. Que al final del día les pago. Que nos pagás ahora.

Una camioneta pasa despacio. Alguien baja y se acerca. Con el brazo pesado y el cuerpo como un roble, rodea en un abrazo el cuello del viejo. ¿Qué pasa mi viejo? Les debo una plata, en la noche puedo pagar, pero no, quieren sus pesos sin plazo y, pues, yo no los tengo.

¿Cuánto les debe viejo? Sesenta mil pesos. ¡Sesenta mil pesos! ¿Por hijueputas sesenta mil pesos empujan e insultan al viejo?

Hay silencio, los patanes parecen ovejos. Va una mano al bolsillo y al instante cien mil pesos caen arrojados al piso. ¡Recogélos! Nada pasa. ¡Qué los recojás!, ¿o te los hago recoger? El bandido atiende, más atento de la pistola que alarga la mano que de las palabras. Recoge los billetes con temblor y cuidado atento del arma.

¿Les debe algo más viejo? No, nada más. ¿Seguro viejo? Si mijo, nada más. Entonces, se van de aquí hijueputas. No les pidás plata a esos, decime cuando te haga falta y me pagás como podás.

La camioneta, el arma y el dueño retoman lentamente su camino, doblan la esquina y desaparecen de la vista.

El viejo, la calle, el andén y todos quedan en suspenso.

El viejo se sienta y deja caer el cuerpo. No lllore viejo. Pero él, a la sombra de sus amistades de rebusque, levanta apenas la cabeza y entre la desdicha y el nudo en la garganta, sonrío entre lágrimas.

*El Caney, cuento corto. Publicado en:
El Colectivo – 29 de marzo de 2017*

1.5. La relación en los horizontes como categoría del saber oír

En Lukacs (2011) está la preocupación por el problema de la enseñanza de la historia, esto es, por el papel de quien enseña historia en el aula, articulando la reflexión al papel del libro, la cultura de la lectura frente al posicionamiento creciente de la cultura gráfica, a la actitud de los estudiantes, al impacto de la tecnología electrónica en la investigación, a la autenticación difícil de una fuente, a la amenaza cada vez mayor de que las fuentes tengan información inexacta, incorrecta e incluso falsificada, a la pérdida de crítica frente a la información masificada, el afán del espectáculo al hacer historia audiovisual, así como la pretensión de generar documentos falsos para rehabilitar a personajes de la historia cuyos crímenes son eso y deben ser conocidos como tal, no celebrados.

En Bloch (2015), la crítica a la obsesión por la genealogía denuncia la pretensión de, o peligro de creer que el origen “basta para explicar” (Bloch, 2015, p. 33), lo que contrasta con el planteamiento de Dussel de que el origen es fundacional y esencial, su idea de que el comienzo explica. Repara en que tal vicio estuvo en el romanticismo

alemán, que lo heredó a la filosofía francesa de la historia y está presente en la historia religiosa cristiana donde la génesis como fe establece los fundamentos, pero que es absurdo trasladar a la investigación histórica, centrándose en los nacimientos y caer en la manía que enjuicia como enemiga de la historiografía.

Más que explicar con los orígenes, el verdadero problema está, “en saber cómo y porqué se produjo el deslizamiento” (Bloch, 2015, p. 37) del origen a lo actual, su estado contemporáneo, la determinación que imponen las condiciones sociales del momento. Quedarse en los orígenes como explicación solo lleva a quedarse en espejismos. Bloch se preocupa por el paso del tiempo y la distancia entre generaciones, por la extraordinaria distancia que la tecnología ha acentuado entre generaciones, por los cambios parciales que ello supone. Hacer historiografía requiere acudir tanto al pasado como al presente para explicar lo que se busca explicar, la distancia en el tiempo no determina a priori la importancia de aquello en la explicación, corresponde a quien hace historia analizar el peso de cada realidad referenciada, sea de milenios atrás o de apenas algunas décadas e incluso años. Ni dedicación obsesiva por lo antiguo, ni atención exclusiva al presente, es “quizás, menos vano esforzarse por comprender el pasado si no se sabe nada del presente” (Bloch, 2015, p. 47).

Silva (2015) reflexiona sobre el oficio de quien hace historiografía, sus modos y sus razones de fondo; participa en el debate entre historia y memoria, consecuentemente en el debate sobre la historia del conflicto social y armado que vive Colombia. Aborda la historia del siglo XX, criticando sin consideraciones algunas corrientes historiográficas y políticas de la sociedad colombiana actual, con énfasis en la comunidad académica de historiadores e historiadoras. En este sentido, interpela y persuade sobre la necesidad de tener claridad sobre el lugar político que se ocupa y se ha decidido asumir. Claridad que permite beber de la pregunta para evitar el hipnotismo que abstraiga de los intereses que se juegan en el país y sobrepasan

el hoy y la academia. Que al menos deben aportar a la dignificación de los millones de víctimas que la guerra y el capitalismo han dejado y siguen dejando en un entorno donde la complejidad cotidiana atañe incluso a la niñez desprevenida como la de Anita:

Anita anda con sus cinco amigos en el bolsillo, cuando le preguntan por ellos, de inmediato lleva la mano al short, les guarda entre los dedos y los llama “Los Lopiletes”. Los lleva a todas partes: al cementerio del sur donde está mamá, al del norte a saludar y llevarle flores a la abuela.

También a la escuela, eso sí, sin que nadie se entere o se dé cuenta. Allá se encuentra con su mejor amiga, su única amiga en el sentido estricto de esa palabra. No es que esté sola, tiene cinco hermanos y una pequeña horda de primos y de primas, fuera de los niños y niñas de salón. Pero Anita prefiere no confiarse, ser prudente y asegurarse su lugar.

Hace unos días Tesoro, la diosa de cabello rojo, le preguntó por sus amiguitos de bolsillo. Anita no quiso hablar mucho, se limitó a responder unas cuantas preguntas generales, para concluir que no está interesada en presentarlos ni mucho menos compartir su amor; prefirió darle otro enfoque al interrogatorio y mencionar que era del grupo de las populares.

A sus siete años sabe que es del grupo de las populares de la escuela donde estudia. Para que no haya duda dejó claro los criterios: ser bonita, inteligente y juiciosa. Obedeciendo a tales dignidades Anita y su amiga, superando la más ardua y seria discusión y evaluación de perfiles, descubrieron la innegable verdad: ambas admitieron en que ellas dos como grupo en pleno, convenían en que cumplían todos y cada uno de los requisitos. En consecuencia, supieron que las dos son del grupo de las populares, definido, reconocido e integrado por ellas mismas.

Eso sí, con el beneplácito de los cinco amigos de bolsillo que Anita abraza entre los dedos y que nadie conoce ni conocerá, excepto la abuela que reposa en el cementerio metropolitano del norte y la mamá que visita en el cementerio metropolitano del sur.

La Popular Anita.
16-04-2018.

En Dussel (1994) la preocupación ética está en la relación entre la pobreza y la riqueza como dialéctica entre la injusticia y la justicia, pecado y salvación, dominación y liberación. La cuestión metodológica, interpretar la palabra de las víctimas escarba más que en el “ser-escrito” –texto– o en el “ser-visto, idea o luz, está en el saber-oír, momento constitutivo del método mismo, momento discipular del filosofar, condición de posibilidad del saber-interpretar para saber-servir. Además del registro de fechas, nombres, lugares, modus operandi y crímenes, se debe encontrar qué intereses están detrás de las acciones de violencia que han fetichizado el genocidio que infunde como natural la dictadura de la democracia colombiana.

Pero la historicidad es algo más; es el hecho de una conciencia que descubre en ese pasado ciertos hechos históricos (concretos, singulares, acontecimientos individuales) que son la fuente de significación de la existencia actual, y no solo de significación, sino fuente de la misma existencia (Dussel, 1969, pp. 89, 90, 92).

Al deshistorificar, los criminales logran que las víctimas de crímenes atroces crean la dominación como necesaria e inmodificable. La historiografía al desfetichizar la dominación apuntala el proyecto de liberación que en su caminar histórico va forjando un nuevo orden contra la opresión, la injusticia, el dolor y la tristeza del presente.

1.6. Bibliografía

- Bloch, E. (2015). *Introducción a la historia*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Dussel, E. (1967). *Hipótesis para una historia de la Iglesia en América Latina*. Barcelona: Estela IEPAL.
- Dussel, E. (1969). *El humanismo semita. Estructuras intencionales radicales del pueblo de Israel y otros semitas*. Buenos Aires, Argentina: EUDEBA.
- Dussel, E. (1970). *América Latina y la conciencia cristiana*. Departamento pastoral del CELAM, Instituto Pastoral Latinoamericano IPLA. Quito Ecuador: Don Bosco, Colegio Técnico Don Bosco
- Dussel, E. (1971). *El episcopado hispanoamericano. Institución misionera en defensa del indio (1504 – 1620)*. México: Centro Intercultural de Documentación CIDOC.
- Dussel, E. (1972a). *Caminos de la liberación latinoamericana I. Interpretación histórico-teológica de nuestro continente latinoamericano*. Buenos Aires: Latinoamérica libros.
- Dussel, E. (1972b). *Para una ética de la liberación latinoamericana. Tomos I a V; Filosofía ética latinoamericana IV La política latinoamericana; Filosofía ética latinoamericana V Arqueológica latinoamericana. 1965 – 1975 (1973, 1979, 1980). Tomo IV Pág. 169, Tomo V*.
- Dussel, E. (1972c). *Para una de-STRUCCIÓN de la historia de la ética*. Editorial Ser y Tiempo. Mendoza, Argentina:
- Dussel, E. (1973). *América Latina, dependencia y liberación Antología de ensayos antropológicos y teológicos*. Buenos Aires, Argentina: Ediciones Fernando García Cambeiro.
- Dussel, E. (1974a). *El dualismo en la antropología de la cristiandad Desde los orígenes hasta antes de la conquista de América*. Buenos Aires, Argentina: Guadalupe.
- Dussel, E. (1974b). *Método para una filosofía de la liberación Superación analéctica de la dialéctica hegeliana*. Salamanca. España: Ediciones Sígueme.

- Dussel, E. (1975). El humanismo helénico. Buenos Aires, Argentina: EUDEBA.
- Dussel, E. (1977a). Filosofía ética latinoamericana. De la erótica a la pedagógica de la liberación. México: Editorial Edicol.
- Dussel, E. (1977b). Introducción a una filosofía de la liberación latinoamericana. México: Editorial Extemporeos.
- Dussel, E. (1977c). Religión. México: Editorial Edicol.
- Dussel, E. (1979). El Episcopado latinoamericano y la liberación de los pobres. México: Centro de Reflexión Teológica.
- Dussel, E. (1980). La pedagógica latinoamericana. Bogotá, Colombia: Editorial Nueva América.
- Dussel, E. (1982). Historia general de la Iglesia en América Latina. CEHILA, Salamanca, España: Ediciones Sígueme.
- Dussel, E. (1983). Praxis latinoamericana y filosofía de la liberación. Bogotá, Colombia: Editorial Nueva América.
- Dussel, E. (1984). Filosofía de la producción. Bogotá, Colombia: Editorial Nueva América.
- Dussel, E. (1985). La producción teórica de Marx una introducción a los Grundrisse. Bogotá, Colombia: Siglo XXI.
- Dussel, E. (1988). Hacia un Marx desconocido un comentario a los manuscritos. México: Siglo XXI.
- Dussel, E. (1990). El último Marx y la liberación latinoamericana. México: Siglo XXI.
- Dussel, E. (1992). Historia de la Iglesia en América Latina. Medio milenio de coloniaje y liberación 1492 – 1992. Madrid y México: Mundo Negro – Esquila Misional.
- Dussel, E. (1993a). Apel, Ricoeur, Rorty y la filosofía de la liberación. Guadalajara, Jalisco, México: Universidad de Guadalajara.
- Dussel, E. (1993b). Las metáforas teológicas de Marx. Navarra, España: Editorial Verbo Divino.
- Dussel, E. (1994). 1492 El encubrimiento del otro. La Paz, Bolivia: Plural Editores.
- Dussel, E. (1994). Historia de la filosofía y filosofía de la liberación. Bogotá, Colombia: Editorial Nueva América.

- Dussel, E. (1996). *Filosofía de la liberación*. Bogotá, Colombia: Editorial Nueva América.
- León (2010). “Este es un país amnésico”: María Victoria Uribe. *La Silla Vacía* 11 de septiembre. Recuperado de: <https://lasillavacia.com/historia/17769>
- Lukacs, G. (2011). *El futuro de la historia*. España: Turner Noema.
- Silva, R. (2015). *Lugar de Dudas*. Bogotá: Universidad de los Andes.